

# STELLA DÍAZ VARIN, EXTRAGALÁCTICA

Este año, la poetisa **Stella Díaz Varin** cumplirá 80 años. Pertenece a la raza en extinción de los héroes literarios de la primera mitad del siglo XX chileno, y aquí van dos fragmentos del libro que estamos cocinando.

POR CLAUDIA DONOSO FOTOGRAFÍA: PAZ ERRÁZURIZ

**ASÍ COMO TIENE DEDO VERDE Y SI PLANTA UN PALO DE ESCOBA BROTA INSTANTÁNEAMENTE UN PINO**, así como se sabe los nombres de las flores y los arbustos, la poetisa Stella Díaz Varin es una cocinera de alto coturno que de la nada y con lo que haya arma un extraordinario guiso. Eso lo saben mejor que nadie sus dos nietos, Álvaro (19) y Felipe (23), criados a su amparo, y lo sé yo, que estoy cebada con sus charquicanes, salpicones y ajiacos. Hace cinco años que con Stella nos vemos regularmente con el pretexto de un libro de conversaciones, muchas de las cuales han transcurrido en la cocina, donde lo pasamos muy bien cocinando.

Se supone que Stella está enferma; en febrero del año pasado le extirparon la mama izquierda en el Hospital Cordillera. De nada sirvieron los pañuelos y turbantes que le regalé: la quimioterapia no le botó el pelo. Tampoco fue presa de náuseas, y eso me consta, ya que después de las sesiones de quimio pasaba a mi casa a reposar. Al poco rato ya estábamos de nuevo tomándonos un vinito blanco Santa Elena Tradición—no da resaca—y picando cebolla pluma para algún caldillo de tarro que, con el arte de Stella, quedaría de rechupete. “Es que yo soy extragaláctica” me ha dicho.

“He abierto una ventana a la calle./ miraré el cortejo de los vivos/ asomados a la muerte desde su infancia. /Y escogeré el momento oportuno/ para enterrarla.”, escribe en *Cuando la recién desposada*, uno de sus poemas de *Los dones previsibles*, elegido mejor libro de 1993 por el Consejo Nacional de la Cultura y de las Artes.

Lo que sigue son briznas de nuestra “obra en proceso”, por cuyo cuerpo, basado en su memoria biográfica, caracolean de cabo a rabo, su talento culinario, su sabiduría doméstica y su arraigo en el espacio cotidiano. Nos reímos mucho juntas y yo creo que nos queremos porque también peleamos.

## Primer momento

Corre el mes de febrero. No hay mucho en la despensa. Stella propone solucionar la contingencia con una mousse basada en un tarro de jurel. Mientras se aboca a su cometido, yo voy leyendo trozos de un librito llamado *El huevo de Colón o cómo resolver los mil y un problemas de la dueña de casa*.

—**Dice aquí que si hundes un limón en agua caliente durante quince minutos antes de sacarle jugo, da el doble de jugo.**

—Yo lo hago a cada rato y cuando los limones están maduros, pones arena en un cajoncito, metes los limones dentro y así te duran. Otra cosa: si agarrái todos los limones partidos, revenidos, y ojalá con penicilina, y los colocas en distintas partes, adiós hormigas.

—**¿Y para que las hormigas no se te metan a los muebles de cocina o a la despensa? Salvia fresca en los estantes.**

—¿Y para las polillas? Ramas de laurel.

—**Dicen que para eso también sirve la pimienta.**

—Pero sale más caro. Además entre una rama de laurel que te oxigena todo y la pimienta no hay donde perderse ¿o no?

—**¿Y es sagrado que sirve?**

—¡Sagrado!

—**¿Y qué se hace para las pulgas?**

—No tenerlas no más pues, córtala. Ya, bótate las cáscaras de huevo, mira que no se puede cocinar con basura acumulada sobre la mesa así es que “turno de despeje”, como decía el Paco Rivano.

—**Sí, yo hallo que hay que cocinar en terreno despejado.**

—Dijo la mosca.

—**¿Era paco el famoso Paco Rivano?**

—Era paco con pito y todo. Estaba en el tránsito en esa

882896 - R00259348-002

"En febrero del año pasado a Stella le extirparon la mama izquierda. De nada sirvieron los pañuelos y turbantes que le regalé: la quimioterapia no le botó el pelo. Tampoco fue presa de náuseas, y eso me consta, ya que después de las sesiones de quimio pasaba a mi casa a reposar. Al poco rato estábamos tomándonos un vinito blanco Santa Elena Tradición -no da resaca- y picando cebolla pluma para algún caldillo de tarro que, con el arte de Stella, quedaría de rechupete. 'Es que yo soy extragaláctica' me ha dicho".



## CONVERSACIÓN

época, en el turno de despeje. Entonces, para sacarse los balazos y salir a andar con los poetas de noche, se rallaba el talón con una escofina: "No puedo ir, mi teniente, porque mire cómo tengo el pie". Pero era pillo, porque se rallaba el talón pero se ponía dimecaína, un anestésico local.

—**Y terminó escribiendo teatro y con la librería de viejos más cototuda de Santiago.**

—Robándole a medio mundo: a Lucho Oyarzún, a Benjamín Subercaseaux le guachipeó todos los manuscritos... paco ladrón, sinvergüenza.

—**Tiene que haber sido muy simpático.**

—Era. Y era puntudo. El Paco tenía los ojos azules, era flaco y todas las mujeres andaban locas por él, porque era igual a Alain Delon, con una sonrisa oblicua.

**impeque se limpian con una gota de vinagre o de vodka...**

—¿Vodka?, ¿dónde está el vodka? ¡Oyyy, no veo nada, tengo los anteojos sucios, no veo nada, pásenme el vodka!, ¡vodka!, vodka! Esa receta es una provocación para los alcohólicos.

—**Anónimos, sobre todo.**

—Sobre todo anónimos. Jorge Teillier decía: prefiero mil veces ser un curado conocido que un alcohólico anónimo. ¡Es que es muy triste ser un alcohólico anónimo!, yo lo encuentro espantoso. Como dos meses antes de morirse fuimos con Jorge a un bolichito chico, donde hacían unas guatitas muy ricas que valían como quinientos pesos, ahí en Lastarria. Te daban un vaso de vino, todo bien limpiecito y guatitas, que son de esas cosas que uno nunca come en su casa porque a nadie le gustan. ¡Qué ganas de comer guatas,

**“El vinagre, el limón, el perejil y la sal son, para mí, elementos antisépticos geniales. Tú tenís una herida horrorosa, te pasái un limón y san se acabó. Eso lo sabían los antiguos porque, ¿cómo creís tú que Alejandro Magno atravesó los Alpes? A puro limón, sal y vinagre el concha de su madre”, asegura Stella.**

—Mira, aquí hay una movida para que no se seque el queso: hay que envolverlo en un paño de cocina húmedo y ligeramente impregnado de vinagre.

—Bueno, eso se sabe del año de la pera.

—**Yo no tenía idea. Y si dejás remojar una gallina vieja por horas en vinagre queda como pichona recién nacida.**

—Bueno, ¿y qué es lo que hago yo con el pavo para que no tenga gusto a esa porquería que tiene gusto? Le saco el cuero y lo dejo remojando en agua con vinagre y sal: ahí queda el tipo sumergido, durante un par de horas, y te suelta toda la porquería, todas las hormonas, y estái comiendo pavo de campo. Cuando haga arrollado de pavo te lo voy a demostrar.

—**Oye, el vinagre es bien milagroso porque si le echas al agua caliente para enjuagar las copas, quedan brillantes.**

—¿Y para el pelo?: te haces el último enjuague de tu lavado con unas dos cucharadas de vinagre diluidas en agua tibia y te saca todo el champú. Te deja el pelo maravilloso.

—**El mismo efecto que para la vajilla...**

—Para la vagina, claro. Ya, riámonos un poco, oye; riámonos mira que queda muy poco tiempo de vida. ¿Y para sacarse el olor a pescado de las manos? Agua con vinagre o te las frotas con perejil. El vinagre, el limón, el perejil y la sal son, para mí, elementos antisépticos geniales. Si tenís una herida horrorosa, te pasái un limón y san se acabó. Eso lo sabían los antiguos porque, ¿cómo creís tú que Alejandro Magno atravesó los Alpes? A puro limón, sal y vinagre el concha de su madre. Y aloe vera.

—**¿Has tenido experiencias con aloe vera?**

—Sí: tengo experiencia. Pásame un poquito de comino.

—**Ya, aquí está. ¡Ah!, mira para los anteojos: para dejarlos**

oye! Y caldo de patas. ¿Hagamos caldo de patas un día?

—**Ya. Y a propósito de picadas, también iban a la Unión Chica con Teillier, ¿no?**

—Y con el chico Cárdenas, con Rolando, que me cantaba *Corazón de escarcha* a toda boca.

—**Es que tú debes de haber sido el amor imposible para varios.**

—Bueno, para el Chico Cárdenas sí pues, entonces me cantaba *Corazón de escarcha*, con un dramatismo tan espantoso que Jorge se enojaba porque decía que el chico era un servil, que tenía alma de inquilino, y ahí se ponían a pelear con Jorge y terminaban agarrados a puñetes en la calle.

—**¿Era irónico Teillier?**

—Era terrorífico y cruel como un niño perverso. Esa última vez que estuvimos juntos me dijo: "Mira, yo no le tengo ningún respeto a la gente, porque la gente se enferma. Y a los enfermos no les tengo ningún respeto porque molestan mucho, pero tú eres más mala que yo porque a los enfermos tú los matas". "Ah, ¿sí?", le dije yo, "y tú te crees menos malo que yo porque los dejás morir". ¡Una conversación tan loca! No, córtala. Baudelaire era un pobre niño de teta al lado de Jorge, porque era un ser triste y angustiado, pero nunca pudo ser malo. Jorge Teillier sí. Oye Claudia, ¿hoy día es 9?

—**Sí.**

—¿Te acuerdas de que en esta misma fecha, el diez de febrero del año pasado, me cortaron..?

—**La pechuga, sí... a ver, ¿qué tenemos dentro de esa olla?**

—Pan remojado, la clara de los cuatro huevos a nieve, el jurel y ahora hay que revolverlo todo, así es que toma y muévela, muévela chica, me gusta la gasoliiiina... Oye, yo gozo

con estas cosas. Fíjate que es bien importante esta cuestión porque, en realidad, soy una vieja dueña de casa, una vieja cocinera que todos los días está haciendo de comer, pero que nunca había leído un libro que juntara las cosas que uno sabe por conocimiento empírico.

—Ya ves tú.

—Encuentro muy útil tu librito, porque hay gente que no sabe la jota por lo redonda y anda topando con cuestiones de solución fácil y elemental. Porque, ¿qué es lo que necesitái? Un poco de sal, un poco de vinagre, un poco de limón y un poco de bicarbonato. Yo adoro el bicarbonato.

—¿Para qué se usa?

—Para que los refrigeradores no tengan olor, los lavas con agua con bicarbonato y vinagre y después le pones así un pedacito de carbón que absorbe los olores.

—Hagamos un libro de cocina en que pongas todo lo que sabes, como el secreto de los caparazones de camarón, ¿cómo era?

—Eso me lo enseñó mi suegra, que era francesa. Yo tenía un mortero de piedra donde molía cosas; hacía chanco en piedra. Ella me vio botando los caparazones de camarón que se me habían juntado y me dijo: "No bote tú, no bote, muela las capagazones en ese coso y las guagdas". Queda un polvo exquisito, lo guardas en frascos y cada vez que hacís caldillo de congrio le echái una cucharada: la muerte. El caparazón conserva el sabor.

—¡Qué maravilla!

—Y fíjate qué elemental, Watson.



**Claudia: ¿Era paco el famoso Paco Rivano?**

**Stella: Era paco con pito y todo. Estaba en el tránsito. Para sacarse los balazos y salir a andar con los poetas de noche, se rayaba el talón con una escofina: "No puedo ir, mi teniente, porque mire cómo tengo el pie".**

## Segundo momento

Esta conversación se produjo días después del atentado a las Torres Gemelas, mientras tomábamos desayuno.

—(Stella) Soñé con un desfiladero eterno, un desfiladero horrible que no se acababa nunca y que no tenía ni para abajo ni para arriba, como la eternidad.

—¿Y qué te pasaba?

—Yo estaba ahí no más, en esa nada con paredes, y sabía que no tenía comienzo ni final. Bueno, me parece obvio: una persona con un mínimo de sensibilidad sueña lo mismo que yo con las cosas que están pasando. Era algo tan siniestro, tan increíble, que no quiero volver a soñar nuncamasmente esa cuestión.

—Voy a poner a Atahualpa (ese fin de semana Yupanqui fue nuestro invitado musical).

—Adecentro. Ponlo, ponlo, sí, y dame más leche, ¿no ves que soy adicta?

—Aquí viene.

—Me encanta la leche. Si me dan a elegir entre el vino y la leche, prefiero la leche. No te rías. Podría tomar litros.

—Dale no más.

—Es lo que estoy haciendo. Para joderte. Yo odio el imperialismo norteamericano. Sobre todo mirándole la cara a este mono ridículo con los ojos juntos como un mandril cualquiera y con una estructura ósea de sicópata. ¡Los huesos! Es que la calavera del hombre es muy importante. Por eso le voy a dejar la mía a tu hijo. ¿Tú sabes lo que vamos a hacer el miércoles con Manuel José? Vamos a ir a donde el notario Manterola, Ariztia, Azócar, todos se llaman igual, porque él quiere que yo le deje a él mi esqueleto: "¿Pero qué quieres hacer tú con mi esqueleto?", le pregunté. "Una flauta o, por último, lo tendré allí y te miraré", me contestó él, y yo no tengo ningún problema: si él me pide mi calavera, se la

## CONVERSACIÓN

doy. Por eso vamos a ir al notario.

—**Ya que nos pusimos tenebrosas, podríamos aprovechar el vuelo para hablar de Teófilo Cid y de su leyenda como poeta maldito, ¿cómo fue tu amistad con él?**

—Lo conocí a los 18 años cuando llegué a Santiago desde La Serena y él me dio un espaldarazo. No era poco decir, porque odiaba a las poetisas, a las que llamaba puetisas, poetordas, putaísas, poemisas. El tipo jodía descalificando a la gente, mirando en menos, y removía las heridas con cuchillo de zapatero. Cuando Elío Rodríguez le habló de mí antes de que nos conociéramos, Teófilo le dijo: "No creo que sea buena, es demasiado espectacular", ¿entiendes tú? Claro, porque yo tenía pinta de cualquier cosa menos de puetisa, que tienen que ser lánguidas y sin chispa.

—**¿Y qué pasó cuando te leyó?**

—Me defendió por los diarios cuando Eleazar Huerta, un crítico, ponderó mis poemas pero me descalificó por ser tan joven. Alone y todos los demás me habían celebrado a raja-

el trago, ya está. Y fue el último gran príncipe de la noche. Además era teatral. Todos éramos así, teatrales y producidos, entonces uno ya lo tomaba como costumbre y no podía actuar naturalmente porque todo tenía que ser en personaje.

—**Se trataba de vivir como poeta.**

—Claro, para que no nos confundieran con la vulgaridad, porque no había nada más espantoso que eso: la vulgaridad. Para morir de la risa. Y es trágico. Es trágico y no es cómico, porque todos quedamos jodidos con eso.

—**¿Cómo era Teófilo Cid, qué pinta tenía?**

—Tenía unos ojos grandes y salidos y te miraba con esos ojos horribles de soslayo. Parecía un poeta francés a punto de ser ahorcado ahí en las fotos que tengo con Braulio Arenas, con Cáceres y todo el grupo Mandrágora. Hablaba francés mejor que castellano. Además sabía inglés, alemán y tenía una cabeza privilegiada, entonces era un lujo... Tú lo invitabas a la casa y él te daba la mano como un verdadero diplomático, porque actuaba y vivía como tal. No lo escuché nunca

**Claudia: Teófilo Cid era diplomático y poeta tan maldito como para ser recordado por lo fino, lo genial y al mismo tiempo por lo fétido.  
Stella: Oye, ¿qué te pasa a ti, ah? Tú tienes una manía y todo lo encuentras fétido porque tu percepción del olor o del hedor depende de tu pituitaria, y como tú no eres un ser normal, tu pituitaria no funciona como corresponde y te engaña. Que Teófilo oliera o no oliera no tiene la menor importancia, así es que hazme el favor de hacerte a un lado para no dejarte pasada a mi hedor y déjame irme a mi casa a oler como yo huelo.**

tabla, entonces Huerta metió baza en contra alegando que había que tener cuidado con consagrar a alguien así como así. Ahí Teófilo le contestó a Huerta y escribió que no había nada que estar esperando, que había que tener más respeto con la poesía y que yo era una poetisa hecha y derecha.

—**Él era diplomático y poeta tan maldito como para ser recordado por lo fino, lo genial y por lo fétido.**

—Oye, ¿qué te pasa a ti, ah? Tú tienes una manía y todo lo encuentras fétido porque tu percepción del olor o del hedor depende de tu pituitaria, y como tú no eres un ser normal, tu pituitaria no funciona como corresponde y te engaña. Y todo lo encuentras fétido porque dentro de tu conciencia hay una fetidez incalificable. Que Teófilo oliera o no oliera no tiene la menor importancia, así es que hazme el favor de hacerte a un lado para no dejarte pasada a mi hedor y déjame irme a mi casa a oler como yo huelo.

—**Ya, no nos ajicemos, ¿cómo hueles tú?**

—Yo huelo a Stella Díaz Varín y san se acabó. Anda tú a lavarte las patas, a mí me importa lo que está más allá del olor a patas. Teófilo Cid no era fétido pero se fue colocando y lo echaron de la Cancillería porque se pasó de la raya con

decir mierda. Era el dandy de la miseria. Al final ya estaba muy mal, así es que terminó viviendo en un conventillo. En su cubil tenía una cama y ¿de qué crees tú que hizo las patas? En vez de adoquines o ladrillos las hizo con los *Buldrud*, los ejemplares que le sobraron de su libro.

—**¿Para adonde endilgaban en la noche?**

—Íbamos al Bosco y de ahí nos íbamos caminando por Santa Rosa a El Rey del Caldo de Cabeza, que era la picada de los matarifes. Eso para nosotros ya era el súmmum, porque caldo de cabeza había en todas partes pero la cosa era ir para allá.

—**¿Eras la única mujer en esos trotes legendarios de Teófilo?**

—La única.

—**O sea que contigo Teófilo hizo una excepción. A lo mejor estaba enamorado de ti...**

—Platónicamente. En eso también éramos iguales: a mí nunca me gustaron los hombres, siempre me gustaron los ángeles y me basta con su angelitura.

—**Nada con el cuerpo, dices tú.**

—No, con el cuerpo nunca he querido saber nada porque a mí me gusta que las cosas duren para siempre. ❧